

PRESENTACIÓN. EDUCACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES NACIONALES

Presentation. Education and building of national identities

María del Mar DEL POZO ANDRÉS
Universidad de Alcalá

Fecha de aceptación de originales: noviembre de 2008
Biblid. [0212-0267 (2008) 27; 25-36]

EN 1983 APARECIÓ EN INGLÉS EL LIBRO DE BENEDICT ANDERSON sobre el nacionalismo, en el cual planteaba una tesis que sigue siendo hoy objeto tanto de admiración como de discusión. En su opinión, las naciones no eran, como venían manteniendo las teorías del nacionalismo esencialista, unos entes surgidos en el pasado remoto, en la noche de los tiempos y determinadas desde siempre por unos límites territoriales y por unas características étnicas absolutamente invariables de sus habitantes. Por el contrario, Anderson definía la nación como una «comunidad política imaginada», y tanto la nacionalidad como el nacionalismo no eran sino «artefactos culturales» que debían ser cuidadosamente estudiados para entender cómo se habían convertido en entes históricos, de qué maneras sus significados habían cambiado a lo largo del tiempo y por qué aún en la actualidad arrastraban tal carga de legitimidad emocional¹. Anderson contraponía su concepto de «comunidad imaginada» al de «nación inventada» enunciado por Gellner. El nacionalismo «inventa» o «fabrica» naciones, según este último autor, mientras que para Anderson las «crea» o «imagina»². En definitiva, lo que ambos vinieron a establecer fue que la identidad nacional no era algo dado, inmutable y atemporal, sino que era una construcción social o cultural, que se hacía y rehacía continuamente y que daba lugar a muchas y diferentes experiencias de nación.

La obra de Benedict Anderson tuvo una influencia enorme en el mundo intelectual y dejó tras de sí una amplia estela de libros de temática nacionalista publicados en la década de los años ochenta del siglo XX. Nuevos planteamientos y

¹ ANDERSON, B.: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 2.ª ed., 1991, p. 4.

² *Ibidem*, p. 6.

tendencias se incorporaron a la investigación de un campo tradicionalmente reservado a los historiadores y a los expertos en ciencia política. Así, las aportaciones de antropólogos y psicólogos sociales se concretaron en el descubrimiento de que eran los rituales colectivos y las prácticas simbólicas las fuentes más valiosas para explorar la construcción de la identidad nacional, ya que, según Hobsbawm, la mayoría de las veces en las que las personas toman conciencia de su pertenencia a una nación es por su participación en rituales y prácticas simbólicas³, por su vinculación en la «invención de tradiciones» que «no sólo ayudan a las personas a representarse la nación, sino que también contribuyen a definirla y a constituir la comunidad nacional»⁴. Estas interpretaciones dieron lugar a nuevas formas de explorar y estudiar el nacionalismo, entendido, no como un resultado de la acción del Estado-nación, sino como una consecuencia de los procesos de formación de la identidad nacional. Así se incorporaron nuevas líneas de estudio como los «lugares de memoria», los monumentos, las conmemoraciones y otras muchas experiencias que entran dentro del grupo de símbolos y rituales elegidos para representar las diferentes visiones de una nación.

En el marco de este nuevo concepto de nacionalismo es en el que la educación y la escuela adquieren un papel fundamental. Desde luego, siempre se ha pensado que la educación era una plataforma para la aplicación de los mensajes nacionalistas, canalizados principalmente a través de la enseñanza de la Geografía y la Historia, del aprendizaje de la lengua nacional y de la educación moral en su dimensión patriótica, encargada de despertar entre los estudiantes un sentimiento nacional. Sin embargo, también se ha tendido a interpretar el funcionamiento del nacionalismo en su vertiente escolar de una manera un tanto simplista, «de arriba abajo», entendiéndose que los planteamientos que emanaban del Estado-nación eran automáticamente incorporados al currículum académico, que cuando no había un discurso político explícito no podía existir un discurso escolar y que éste se ajustaba siempre a lo emanado de las autoridades académicas, como si entre los educadores y los educandos no pudieran producirse procesos de resistencia ante las normas provenientes de las altas instancias. Cuando no se lograban resultados absolutamente perfectos, o cuando se constataban disparidades entre los discursos y sus plasmaciones escolares, se apelaba a las tesis de la «débil nacionalización» en lugar de explorar nuevas vías de interpretación, como los mecanismos de recepción de los mensajes nacionalistas entre los diferentes colectivos sociales, de los que la escuela constituye una poderosa caja de resonancia.

En mi opinión, los planteamientos de Anderson sobre la «comunidad imaginada» o los de Hobsbawm sobre la «invención de la tradición» abren nuevas vías al estudio de las relaciones entre nacionalismo y educación, al situar la escuela como uno de los escenarios en los que se pueden estudiar los rituales y las prácticas simbólicas que desvelan el imaginario nacional que se pretende crear. Desde los textos escolares a los carteles murales⁵, desde los himnos hasta los símbolos identitarios

³ HOBBSAWM, E. J. y RANGER, T. (eds.): *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 12.

⁴ RADCLIFFE, P.: «La representación de la nación. El conflicto en torno a la identidad nacional y las prácticas simbólicas en la Segunda República», en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 311-312.

⁵ THIESSE, A.-M.: *La création des identités nationales. Europe XVIII^e - XX^e siècle*, Paris, Éditions du Seuil, 1999, pp. 237-238.

presentes en las aulas, desde las conmemoraciones hasta las fiestas escolares, se abre ante nosotros un amplio campo de investigación para poder comprender los procesos de construcción de la identidad nacional, así como los diferentes colectivos implicados en esta creación, desde las autoridades hasta los maestros, las familias o los propios niños, que recibirían en último término los mensajes y los adaptarían a su propia personalidad, tamizados posiblemente por las categorías de género, clase, religión o pertenencia a determinados grupos sociales.

En España, sin embargo, el tema de las relaciones entre la educación y la construcción de las identidades nacionales no tiene aún una larga trayectoria investigadora. Incluso el nacionalismo español no era uno de los temas favoritos de los historiadores políticos, hasta que, en torno a la conmemoración del centenario del «desastre» —una celebración cuyo desarrollo algún día habrá que interpretar en clave histórica— se produjo una proliferación de trabajos que no han dejado de incrementarse en esta última década⁶. En su vertiente educativa, los magníficos trabajos de Rafael Valls Montès y Carolyn Boyd han abordado el papel de la enseñanza de la Historia en la construcción de la identidad nacional, abriendo unas líneas de investigación continuadas y ampliadas por Ramón López Facal y Juan Sisinio Pérez Garzón, entre otros. Por el número y la calidad de las investigaciones, realmente éste es el tema estrella en este ámbito de trabajo, seguido de otras aportaciones curriculares centradas en la enseñanza de la Geografía o de la Lectura. María del Mar del Pozo Andrés abrió otra línea de investigación que entendía el aprendizaje de España desde la escuela como un proyecto no ligado a una asignatura concreta sino a varias, que formaba parte del nuevo modelo de educación integral, que se entendía de manera cuasi contrapuesta según las diferentes ideologías, y que era visible en determinadas prácticas simbólicas relacionadas con la bandera o el himno, en fiestas escolares y en otras actividades extraescolares. En estos planteamientos más globales se enmarca también el reciente trabajo de Alejandro Mayordomo y Juan Manuel Fernández Soria. Y aspectos puntuales de este proyecto de nacionalismo español fueron tratados en el trabajo pionero de Alberto del Pozo Pardo sobre el Libro de la Patria y en las publicaciones, muchas veces ligadas a exposiciones, que se han producido en estos últimos años sobre el *Quijote* como icono nacionalista. Todos los estudios mencionados están relacionados en la bibliografía incluida en este número monográfico.

Sin embargo, vuelvo a reiterar mi percepción de que no es éste un tema que haya despertado un interés generalizado en la comunidad de investigadores españoles en Historia de la Educación, lo cual choca con la actualidad que presenta en el panorama internacional. Ya en 1999 la revista inglesa *History of Education* le dedicó un número monográfico y su editor, Roy Lowe, afirmó que pocos temas eran tan pertinentes para ser estudiados por los historiadores de la educación como el de la identidad nacional y sus relaciones con la educación, puesto que éste era un problema de interés creciente en la investigación histórica y permitía revelar la naturaleza de los mecanismos actuantes en la diseminación de los sentimientos nacionales y de su impacto en determinados momentos históricos, ya que tanto los

⁶ Un balance historiográfico reciente sobre el estado de la cuestión nacionalista en España puede consultarse en MORENO LUZÓN, J.: «Introducción: El fin de la melancolía», en MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 13-24.

sistemas educativos como los procesos de escolarización y otros modos de educación informal «probaban repetidamente ser elementos clave para el desarrollo y la transmisión de un sentido de pertenencia nacional». También la educación había demostrado ser, en mayor o menor grado, un instrumento de resistencia de la población local contra las imposiciones nacionalistas del poder central⁷. En el año 2000 la revista francesa *Histoire de l'Éducation* concentró varios artículos en un número especial con un cierto aroma nacionalista. Y en 2007 la publicación *Paedagogica Historica. International Journal of the History of Education* dedicó uno de sus números, coordinado por la profesora Martha Cecilia Herrera⁸, a los libros de texto en Latinoamérica, teniendo varios de los trabajos un claro componente nacionalista, al definir las imágenes y representaciones de la nación en diferentes manuales escolares. De manera que parece pertinente que la revista *Historia de la Educación* siga esta trayectoria con el número que ahora presento, que se ha configurado a partir de la colaboración de historiadores generales e historiadores de la educación.

A través de todos los artículos de este monográfico sobre «Educación y construcción de las identidades nacionales» se ha procurado reflexionar desde diferentes enfoques historiográficos sobre el papel, no sólo de la escuela y del currículum, sino también de otras estrategias educativas no formales e informales, en la creación de una identidad nacional española, así como las diferentes facetas y sentidos que ésta adquirió en diferentes momentos de los siglos XIX y XX. Esta perspectiva se ha intentado presentar de forma paralela a la que nos llega desde las autonomías, entre las que hemos elegido aquellas con más tradición histórica —Cataluña, Galicia y el País Vasco— que aportan la recepción desde la periferia de estos modelos nacionalistas españoles y su confrontación con los modelos educativos surgidos en cada una de estas comunidades para defender sus propias señas de identidad.

El artículo de Juan Sisinio Pérez Garzón, catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha, pretende servir de marco de reflexión sobre el tema central de este número monográfico y además supone una aproximación muy jugosa a la problemática nacionalista para aquellos lectores no muy iniciados en estas cuestiones. A través de un rápido recorrido diacrónico por el origen y desarrollo de la Historia y la Geografía como materias obligatorias del currículum escolar y su coincidencia con la formación de los Estados-nación, demuestra los diferentes modos en que fueron utilizadas para crear y transmitir un concepto de España que parecía el único posible y aceptado. A partir de la Historia y de la Geografía se fraguó la identidad española en el siglo XIX, afirma sin ambages este autor, aportando suficientes ejemplos de cómo esta identidad se transmitió a las jóvenes generaciones mediante los discursos académicos y escolares. El proceso ha vuelto a repetirse desde 1978, cuando cada Comunidad Autónoma tuvo que articular su propia identidad a través de la enseñanza de las Ciencias Sociales. La Geografía y la Historia en estas dos últimas décadas están comprometidas en un ilusionante programa de futuro, el de construir las identidades plurales que la nueva ciudadanía universal, multicultural y plurinacional demanda. Para ello Pérez Garzón propone tres retos inmediatos: «Reelaborar la historia de los pueblos de España

⁷ LOWE, R.: «Education and national identity», *History of Education*, 28-3 (1999), pp. 231-233.

⁸ HERRERA, M. C.: «Political Culture, School Texts and Latin American Societies: Introduction», *Paedagogica Historica. International Journal of the History of Education*, 43-5 (2007), pp. 627-631.

superando la perspectiva del nacionalismo español, integrar esta historia en el contexto de Europa y abordar cómo enseñar estos contenidos a los inmigrantes que proceden de otras culturas y de otros continentes».

Ferran Archilés, profesor de la Universidad de Valencia, parte de la fórmula acuñada por Benedict Anderson para plantear el problema de analizar históricamente la construcción de las identidades nacionales y su interiorización por parte de los sujetos. Por eso aborda el estudio de las «experiencias de nación», no desde el discurso del Estado, sino desde la perspectiva de los sujetos que experimentaron estos discursos y, sobre todo, prestando especial atención a la dimensión cultural «como pieza clave a la hora de configurar la autocomprensión de los sujetos, su acción, y por tanto su identidad». El autor traslada el concepto de *banal nationalism*, definido por el psicólogo social Michael Billig, a la historia de la vida cotidiana en la España de la Restauración a partir de los años noventa, explorando las identidades colectivas de la clase trabajadora en relación con sus memorias de nación y cómo éstas se construyeron en el ámbito educativo. Al abrirse el escenario del discurso nacionalista español al nacionalismo cultural, se cuestionan ampliamente las tradicionales tesis historiográficas de la débil nacionalización, pues aparecen múltiples experiencias posibles de construcción de la identidad nacional española a través de la difusión de determinadas versiones del imaginario nacional. Algunas de estas vías fueron la novela popular y la literatura obrerista, los espacios de ocio y sociabilidad de masas, desde las plazas de toros a los cafés, desde el cine al deporte, desde la zarzuela al music hall. Otros aspectos a considerar son las políticas de la memoria, presentes, entre otras, en las conmemoraciones, los monumentos y los nombres de las calles, y las políticas educativas dirigidas a la construcción de la identidad nacional. En el ámbito específico de la escuela, el autor mantiene que en estos años se transmitía una imagen de España «muy contundente» y bastante unitaria, más allá de la diversidad regional, a través de la enseñanza de las diferentes materias, no sólo la Geografía y la Historia, sino también la Lengua y Literatura «españolas».

Alejandro Quiroga Fernández de Soto, profesor de la Universidad de Newcastle, aborda la etapa histórica de la dictadura de Primo de Rivera y las acciones llevadas a cabo «desde arriba» para nacionalizar a la juventud. Con ello buscaba la creación de una «nueva ciudadanía» autoritaria, patriota, respetuosa con la autoridad, impregnada de las virtudes de la «raza española» y cumplidora de sus deberes para con la patria. Era ésta una reinterpretación del concepto conservador y católico de ciudadanía desarrollado por el maurismo en los años anteriores a 1923, tamizado por algunas ideas sobre el «ciudadano soldado» popularizadas por la literatura castrense. El autor destaca diferentes iniciativas de educación no formal llevadas a cabo por las Juventudes de la Unión Patriótica, pero dedica la mayor parte de su artículo al estudio de las políticas de nacionalización en la enseñanza secundaria y en la superior. En la enseñanza secundaria se analiza el Real Decreto del 25 de agosto de 1926 (Plan Callejo) en clave nacionalista, comparándolo con la reforma fascista italiana, profundizando en la introducción de la materia de Religión y en lo legislado sobre la asignatura de Historia de España, explicando la polémica imposición del «texto único» y las huelgas que trajo consigo, a pesar de que «su eficacia como instrumento nacionalizador fue extremadamente limitada». El autor afirma que el «texto único» fue muy criticado por las derechas y la Iglesia, que vieron en él un deseo de fortalecer la autoridad del Estado en materia

educativa, frente a la libertad de enseñanza que tradicionalmente defendían estos sectores. Por otra parte, en el campo de la educación superior, las estrategias nacionalizadoras, así como el apoyo a los centros religiosos, propició un descontento generalizado que se tradujo en huelgas y manifestaciones estudiantiles. La conclusión última es que el conflicto entre la dictadura primorriverista y la Iglesia en educación viene a demostrar la existencia entre ambos de una fuerte división ideológica que se expresaba en dos modelos diferentes de nación y de nacionalización de la juventud.

María del Mar del Pozo Andrés, profesora de la Universidad de Alcalá, justifica la introducción de la escuela como un elemento de análisis para reinterpretar la vieja discusión sobre la existencia de un proyecto nacionalista español en la Segunda República. Siguiendo también a Benedict Anderson, la autora defiende la presencia de un ideal nacionalista que define como la «comunidad imaginada de ciudadanos demócratas» y que tendría ciertas connotaciones con la idea de «nación cívica» presente desde los días de la Revolución Francesa. Este modelo se describe a partir de los conceptos de «patriotismo constitucional» y «ciudadanía activa». El primero haría referencia al despertar de una identidad patriótica construida a través de la identificación de los ciudadanos con el Estado democrático y constitucional y el segundo significaba la necesidad de inculcar en las jóvenes generaciones el deseo de participar en los destinos de su nación, no sólo con el voto, sino también integrándose en la vida comunitaria. El artículo explica cómo diferentes gobiernos republicanos demostraron su «patriotismo constitucional» mediante disposiciones para introducir la enseñanza de la Constitución en la enseñanza primaria y de adultos. Pero fueron más allá de la legislación para implantar un modelo de educación para la ciudadanía que llegó hasta los maestros a partir de las Semanas Pedagógicas y de la labor de la Inspección de Primera Enseñanza. La confrontación entre la «nación étnica» y la «nación cívica» está presente en muchos manuales escolares republicanos, en las lecciones-modelo publicadas en las revistas magisteriales, en los cuadernos infantiles y en las celebraciones escolares con motivo de las conmemoraciones del aniversario de la Segunda República. Sin embargo, una de las conclusiones es que, si bien algunos maestros llegaron a impregnarse del pensamiento republicano sobre la «nación cívica» y lo plasmaron en experiencias pedagógicas de *self-government*, la mayoría siguió instalada en los modelos nacionalistas de carácter esencialista.

Ana María Badanelli Rubio, profesora de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, se acerca a las tres primeras décadas del franquismo, a los años comprendidos entre 1940 y 1960, para intentar comprender el modelo de nacionalismo desde el análisis de los textos escolares de Religión y Lectura, y más específicamente de sus ilustraciones. La muestra de libros elegidos se basa en investigaciones de la época sobre aquellos manuales preferidos y más utilizados por los maestros, es decir, los que más difusión y aplicación tuvieron en la escuela de estos años. A partir del estudio de las imágenes presentes en ellos, la autora ofrece sugerentes conclusiones sobre el simbolismo presente en las ilustraciones y expresado mediante el color, la posición de las figuras, las representaciones de las ideas y de los personajes —por ejemplo, la identificación iconográfica de Dios y Franco—, las identidades de clase y género, la impregnación de simbología religiosa en todas las imágenes de la vida cotidiana y la proliferación de grabados que transmiten emociones de violencia y miedo. La autora concluye que el análisis de

los dibujos contenidos en los manuales escolares pone de manifiesto la importancia que el régimen franquista concedió a las imágenes para construir la identidad nacional de los escolares de la época, y que éstas aportan datos significativos que completan el estudio de los libros de texto. La representación de la identidad nacional recoge muchas ideas e ilustraciones similares a las de épocas anteriores y no está exenta de contradicciones, unas contradicciones que aparecen a veces de forma mucho más clara en los textos gráficos que en los escritos.

Ramón López Facal, profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, profundiza en la enseñanza de la Historia en la enseñanza secundaria española desde 1970 y su cambiante papel en la nacionalización de la población española. Con la Ley General de Educación aparece la materia de Ciencias Sociales, que además de la Geografía y la Historia incluye algunos contenidos de educación cívica e incluso de educación vial. Las corrientes historiográficas y los nuevos vientos políticos obligaron a profundas revisiones en las que se potenciaba la interpretación europeísta frente a las posturas xenófobas del pasado y desapareció totalmente el exaltado discurso nacionalista que había impregnado habitualmente la enseñanza de la Historia. Sin embargo, se mantuvo una concepción tradicional «de una nación española etnicista, vinculada a la continuidad histórica de un mismo pueblo formado desde la antigüedad por sucesivos substratos étnicos, sobre un marco territorial inmutable». En los años ochenta se incorporó una concepción más moderna de la articulación territorial y política de la España contemporánea, acorde con los planteamientos de la Constitución de 1978, aunque ningún libro de texto planteó posibles problemas relacionados con la construcción nacional española. La LOGSE introdujo muchos de los estereotipos nacionalistas utilizados en los libros de texto «españolistas» para definir la identidad nacional de algunas de las Comunidades Autónomas, sin embargo, «los libros identificables con los nacionalismos alternativos al español (vasco, catalán o gallego) han tenido y tienen una difusión muy minoritaria», es más, el mercado sigue copado por las grandes editoriales, que publican los mismos textos para toda España, con un pequeño anexo de contenidos para cada una de las Comunidades Autónomas y en los que la Historia de España supera en espacio y contenido a las diferentes historias regionales. En este contexto se realizan valoraciones sobre la ofensiva conservadora finisecular, se critican los decretos que desarrollan la Ley Orgánica de Educación de 2006, concluyéndose que el PSOE «ha hecho suyos ciertos planteamientos del nacionalismo español tradicional ante el temor de que otros lleguen a patrimonializar la “identidad” española, empeño en el que se sitúa sistemáticamente la derecha conservadora».

Josep González-Agàpito, catedrático de la Universidad de Barcelona, plantea una visión del nacionalismo español desde la perspectiva del «otro», en este caso, desde la esfera catalana, receptora de una cultura política y educativa pensada para suprimir sus señas de identidad e integrarla en una visión unitaria de lo español. El autor, al igual que otros participantes en este monográfico, cuestiona que el español fuese un sistema escolar de nacionalización débil, apuntando que quizás era simplemente ineficaz. Pero ejerció una fuerte presión homogeneizadora y nacionalizadora sobre la escuela pública, presente sobre todo en las medidas prohibitivas de enseñanza en lengua catalana, consiguiendo «impactar eficientemente sobre las señas de identidad de la cultura catalana y debilitar la visión de la propia nacionalidad como espacio integral de desarrollo de la convivencia y ocultación

de la propia historia y cultura». A pesar de todo, el autor proporciona suficientes ejemplos de la resistencia de los Países Catalanes a la nacionalización centralista de signo castellano y su voluntad de formar parte de una España que respete su propia identidad. El programa regeneracionista del Noucentisme y su plasmación en las instituciones educativas creadas en el primer tercio del siglo XX supusieron un avance, aunque las discusiones del texto constitucional y del Estatuto de Autonomía durante la Segunda República pusieron de manifiesto que aún seguían muy vivas las tensiones sobre las dos formas de entender España. El artículo aborda esta problemática en los años franquistas, aportando datos sobre las escuelas que, ya incluso desde 1939, intentaban mantener viva la identidad catalana hasta que en los años sesenta el movimiento fue imparable e implicó a un gran número de colectivos sociales. Aunque la democracia supuso un importante avance, no pudo hablarse de normalidad cultural hasta que no se implantó la inmersión lingüística, que es la que puede asegurar la buena integración de la población inmigrada multicultural que ha llegado en los últimos veinte años.

Paulí Dávila Balsera, catedrático de la Universidad del País Vasco, nos aporta el punto de vista de Euskal Herria, estudiando la construcción de la identidad nacional vasca desde 1876 hasta la Segunda República. Este autor coincide con otros de los colaboradores en este monográfico en la idea de que la educación se convertirá, a principios del siglo XX, en un elemento clave en el proceso de nacionalización española propiciado por el Estado. Por otra parte, también la escuela jugó un papel fundamental en la lucha mantenida por Euskal Herria para mantener sus propias señas de identidad nacional. La política educativa mantenida por las diputaciones permitió la creación de diferentes instituciones y experiencias. La mayoría de sus actividades iban destinadas a promover la recuperación lingüística, consolidándose así la lengua como el elemento fundamental en la construcción de la identidad nacional vasca. El magisterio y la inspección fueron vistos como agentes españolizadores, y rechazados como enemigos por el nacionalismo vasco de Sabino Arana. Por eso, uno de los proyectos nacionalistas más largamente acariados fue la formación de un magisterio euskaldun, y aunque pocas propuestas se llevaron a la práctica, sí parece que algunos maestros estaban dispuestos a contribuir desde la escuela a la formación de una identidad nacional vasca y que algunas congregaciones religiosas, como los Hermanos de La Salle, fomentaron en sus escuelas la lengua y la cultura vascas. Las actividades extraescolares y de educación no formal, desde los juegos florales hasta los almanaques, desde las excursiones a la tumba de Sabino Arana hasta la celebración del día del niño euskaldun, pueden ser vistas como una forma de enseñar a la infancia a convertirse en buenos vascos. A pesar de todas estas experiencias, concluye el autor, la construcción de la identidad nacional vasca, al igual que la española, fue débil e insuficiente, pero eficaz como para crear unos rasgos que volvieron a aparecer en el final del franquismo y en la transición democrática.

El profesor Antón Costa Rico, de la Universidad de Santiago de Compostela, encara el mismo problema de la nacionalización española *versus* la búsqueda de una identidad nacional, con su máxima expresión en la lengua propia, en Galicia. Gran parte de su discurso se centra en la evolución de la lengua gallega y en su paulatina desaparición, debida, en gran medida, al papel de la escuela como agente de nacionalización española, deslegitimándose así los usos lingüísticos ordinarios de los escolares y los elementos de la cultura local. El hecho de que se castigase a los

niños por expresarse en gallego o que en la escuela se obligase a repetir frases como la del título, «los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo», imposibles de pronunciar para un hablante gallego, y cuyos errores fonéticos eran castigados duramente por los maestros españolistas, nos demuestra el poder de la escuela para desarraigar las identidades locales. A diferencia del caso vasco, no parece que los docentes —ni los públicos ni los pertenecientes a Congregaciones religiosas— potenciaran los elementos de la cultura gallega, ni podemos hablar de que se atisbasen en el currículum escolar referencias especiales a este territorio, de manera que «Galicia, su historia, su cultura, su lengua, sus tradiciones, resultaban invisibles para los escolares gallegos», y si alguna vez se visibilizaban era, sobre todo, para transmitir actitudes de no aprecio. Debido al escaso prestigio de lo «gallego» y al desconocimiento del pasado, la mayoría de la sociedad civil optó, hasta el final del franquismo, por asumir los referentes de la identidad nacional española, buscando una complementariedad en «la recreación de referentes más o menos informales pertenecientes a la tradicional y fuerte identidad cultural gallega».

Como complemento a los artículos publicados en la parte monográfica, las profesoras Ana María Badanelli Rubio y María del Mar del Pozo Andrés presentan en la parte documental un artículo sobre la evolución de la idea de España en los manuales escolares desde 1900 a 2007. A partir de una selección de libros de texto atendiendo a criterios de impacto y a la variedad de modelos nacionalistas incluidos en ellos, pertenecientes fundamentalmente al nivel de la enseñanza primaria y a las materias de Lectura, Educación Moral, Cívica y Social, Rudimentos de Derecho, Área de Experiencias, Ciencias Sociales, Educación Política y Educación para la Ciudadanía, se realiza un rápido recorrido documental por los diferentes conceptos e imágenes de la nación española apuntados en estos manuales escolares. Desde el discurso regeneracionista de la España «grande [...] hasta en sus infortunios y desgracias» hasta el republicano, en el que España se identifica con sus habitantes y se abre la puerta a un incipiente ideal cosmopolita, pueden trazarse y reconocerse varias líneas argumentales en el nacionalismo español transmitido en los manuales escolares anteriores a 1939. El modelo potenciado en las tres primeras décadas del franquismo parece tener mucha menos variedad, pues conecta con el nacionalismo étnico y esencialista del siglo XIX, presentando como única novedad destacable la identificación de la nación con la figura de Franco. Sólo a finales de los años sesenta volvería a aparecer el amor a la «patria chica» y la aceptación muy cicatera de la diversidad regional. Sin embargo, a comienzos de los años setenta las palabras nación y patria desaparecieron radicalmente de los manuales escolares, siendo sustituidas por el concepto de «Estado español» y convirtiéndose España sólo en un elemento más del contexto europeo. Es en los años noventa cuando nuevamente se volvió a recuperar y a citar el nombre España, apareciendo también ensayos de definición de conceptos clásicos como «patria», «nación» o «país», sustituidos muy recientemente por el de «identidad nacional», que se convierte así en un objeto de reflexión y estudio desde la escuela.

Se incluye además una selección bibliográfica sobre el tema, que conscientemente se ha querido que trascendiese el campo exclusivamente educativo y el ámbito específicamente español. Por eso se han recogido obras sobre teorías del nacionalismo y construcción de la identidad nacional en Europa y Latinoamérica, los trabajos clásicos sobre el nacionalismo español y los diferentes nacionalismos

periféricos, con especial atención a los aparecidos a partir de 1990, las publicaciones más relevantes sobre nacionalismo y educación en el mundo, primándose los procedentes de Latinoamérica, y, finalmente, las aportaciones sobre educación y construcción de las identidades nacionales en el ámbito español.

La entrevista a Richard Aldrich, catedrático emérito en el Instituto de Educación de Londres y uno de los historiadores europeos de la educación más conocidos en el panorama mundial, se puede considerar ligada al título y la temática de este número monográfico, pues el profesor Aldrich ha publicado numerosas obras sobre imperialismo y educación, el papel de la educación en la construcción de la identidad nacional británica y la política educativa estatal en el Reino Unido. Además de sus ideas y afirmaciones, contrastadas tras largos años de actividad investigadora, en la entrevista nos ofrece sus recuerdos y anécdotas como niño de la guerra, alumno de la escuela primaria y secundaria o estudiante de Cambridge, lo cual la convierte en una apasionante biografía de un hombre que ha vivido con inteligencia y lucidez gran parte de la historia del siglo XX.

Este número monográfico de la revista *Historia de la Educación* aborda un gran número de temas, problemas y perspectivas sobre el papel de la educación en la construcción de las identidades nacionales en España y la contraposición entre la identidad nacional española y las llamadas «periféricas» — catalana, vasca o gallega—. Además de profundizar en las temáticas clásicas sobre el papel de la Historia o de la lengua en la formación de unas señas de identidad comunes, introduce también otras cuestiones como las de los «lugares de la memoria», las conmemoraciones, las actividades extraescolares y de educación no formal o los modelos de organización escolar democrática. Se acerca a las fuentes clásicas de estudio de las intencionalidades políticas en la escuela, como la legislación, los informes oficiales y los manuales escolares, pero también aborda otras líneas documentales como las lecciones-modelo de los maestros o los cuadernos infantiles. El análisis del lenguaje escrito se complementa con el iconográfico. Sin embargo, es imposible pensar que el tema se agota en estas páginas. La mayoría de los artículos abren caminos, sugieren pistas, ofrecen hipótesis que pueden y deben ser ampliadas en ulteriores estudios. Los autores deseamos que este trabajo colectivo sirva para entusiasmar a otros muchos investigadores en este campo tan complicado pero tan sugerente de entender la imagen que de España y de las diferentes Españas se transmitió en las escuelas de nuestro país.